

Cronica Literaria

RICARDO G. LATCHAM

TIA EULALIA, por Chela Reyes. (Rapa Nui, Santiago, 1951)

LA novela escrita por mujeres se ha desarrollado vertiginosamente en los últimos años. La prosa femenina, como tantas veces se ha dicho, dormía en muchos temas a la de los varones. No ocurre lo mismo en el campo de la poesía, sino en el de la novela, significando y magro en resultados de calidad. Desde el realismo más audaz hasta la tendencia poética se distribuyen a terreno en que diversas escritoras ensayan su destreza creativa.

Muchas fenómenos sociales han contribuido a este enriquecimiento de la actividad literaria del bello sexo. No es el menos importante su mayor liberación económica y el desplazamiento de torpes prejuicios que lo exhibían en un capiti diminuto respecto a los varones. A comienzos de este siglo eran muy raras las literatas en servicio activo y pocas contaban con los derechos de la mano las novelistas. Mariana Cox de Suenen, Iris y dos o tres más, apenas marcan una actitud vanguardista en esos años de modesto relieve en la narración escrita por mujeres.

Después vino el aluvión y en la segunda mitad del siglo hay elementos valiosos para ensayar un estudio documentado de lo que debe la literatura nacional a un grupo suizo de novelistas y cuentistas.

En el caso de Chela Reyes nos encontramos con un ejemplo de superación desde Puertas Verdes y Caminos Blancos, hacia su reciente obra Tia Eulalia. Es una evocación de medio chileno en 1900, en la atmósfera adecuada para alisar a los protagonistas en su integridad psicológica. Una gente sencilla, madura y de buenas intenciones y sentimientos. Así transcurre la acción en este libro, con un residuo de románticas vivencias, que justifica los móviles de sus actores.

La escritora ha jugado con lo que un crítico del pasado llamaba en su ambiente literario "las medias tintas". Un poco estorbado y en sordina envuelve a los personajes y amortigua sus reacciones. Tia Eulalia, cuya historia se relata con emoción poética en pocas páginas, es la heroína de amor callada mientras su hermana, Norah, es una especie de mujer fatal, que lo arrebata dos veces los pretendientes. Hay dos tiempos en la acción: uno, el inicial, cuando empieza el siglo, y el otro, veinte años más tarde, en el instante en que Claudio, el marido de Norah, la abandona porque descubre su infidelidad. Eulalia había amado primero a Claudio, que profiere a su hermana, de carácter más sensual y propiamente a la atracción masculina. Los dos temperamentos, uno ardiente y el otro más discreto, están bien dibujados y se corresponden a la época. El libro que los abraza, Chela Reyes usa y abusa de su sensibilidad y saca también partido provechoso de lo que pudo tornarse en una saturación de retórica. Preferimos, sin embargo, la segunda parte de la novela. A medida que llega ésta a su culminación, los caracteres cobran más intensidad y los hilos de la trama se mueven con mayor entera. En la primera parte la descripción de una hacienda chilena, de su vida cotidiana y de las costumbres antaño del país, se convierten en un elaborado retablo de fantasía. Individuos y cosas adquieren su justo sentido, y el colorido noble de las imitaciones y de los triles se combina perfectamente en el propósito reconstructivo.

La madre, Tia Eulalia, todavía muchacha, y su hermana Norah; Claudio y Tio Rafael, el Doctor Peritz, Edgardo, Rosa, Maiva y Margarita, las tres primas, son las principales



Figuras novelescas.

Pero dando mejor sus cualidades de observadora. Chela Reyes es en el análisis de las dos psicologías antagónicas: la de las hermanas que se disputan sucesivamente a dos hombres. Eulalia ama a Claudio, y Norah lo atrae hasta hacerle su marido. Pasan los años, fracasa el matrimonio Norah, por su infidelidad a Claudio, y vuelve a la vida hacienda en que se casó. Eulalia dirige su mirada al que fue antes su humilde pretendiente, Edgardo, pero la apasionada hermana también toma la delantera y envuelve en sus redes al apocado granjero y lo transforma en su amante. Eulalia, desde entonces, se envuelve en su delicadeza y permanece fiel al pasado, en una especie de culto que se intensifica cuando descubre, por su pérdida hermana, que Claudio la recuerda cariñosamente en una carta que le dirige desde Europa.

La acción es lenta, como amortiguada por una deliberada intención de la autora. Hay muchos retratos felices y cuadros vivamente acentuados de nostalgia: la de unos tiempos más ingenuos y felices, en que las mujeres vivían en una sentimental atmósfera de 1900, que aquí emana de un esfuerzo animador de la autora.

Venimos una descripción que de una idea precisa del estilo de Chela Reyes. Por ejemplo, la evocación de Tia Eulalia en su vejez, cuando la designaban con el sobrenombre de "Hormigón": "Con su alta cabeza gris y el cuerpo serpentina y dulce, se deslizaba como en puntas de pies por las dormidas estancias de la Casa. Los espejos de aguas muertas y hercúleas, captaban su silencia. Indecisa, trataban de retener en gracia en sus inmóviles estatuas. Pero ella pasaba y repasaba junto a las conchas inverosímiles con su plumero celeste, tocando con la punta de sus dedos transparentes las porcelanas traslucidas y sus retorcidos amorcillos, quitando de ellas el polvo que se obstinaba en dormir entre las piernecillas recortadas de los ángeles. Hacía esta tarea con una leve y misteriosa risa detenida en los ángulos de su boca carnosa."

En tal vez como danzando sobre las alfombras regalonas y altas, donde hace medio siglo sus pies brevistos iniciaron un aire lento y lie-

Y ahora, esta obra de un paisaje: "Afuera, en los verdes prados, errantes, libelulas tejeteaban el aire, y el olor profundo de la primavera subía, inundando la arboleda con sus errantes polvos. Lirios, violetas de montañas, flores en las platabandas. Los álamos aún sin hojas ardían con el sol en plateadas cenizas, y la tierra mojada despedía una cálida esencia que traen las lluvias de no sé qué jardines colgantes en tibios planetas". (Página 134).

Chela Reyes toma contacto con la realidad en varios párrafos bien aludidos y, en seguida, a final, se arranca de ella al aludir a esos jardines que cuelgan en tibios planetas. El procedimiento puede verse en muchos capítulos de Tia Eulalia, donde la acción se mueve en dos planos: uno directo, tangible y visible; y el otro, estumado y casi surrealista. A veces, la escritora domina con éxito su instrumento y alcanza la zona verdadera del arte superior. Nos parece una de las más logradas realizaciones de su libro el capítulo titulado "La Cita", que pinta el momento en que Eulalia sorprende a su hermana en brazos de Edgardo. También hay varios cuadros de época, de fino dibujo, en que palpita una sensación de lejania y añoranza.

En Tia Eulalia Chela Reyes nos conduce con su prosa poética a una sutil plenitud de su estilo. Pero habría ganado su libro si cuidara más la composición y perfilara mejor ciertos caracteres que en el surgen demasiado ingravidos. La edición tiene una fe de erratas que hemos enriquecido considerablemente en nuestra atenta lectura. Es mo éste.

de los correctores de pruebas de ciertas imprentas que estropean la buena presentación de libros nacionales como éste.

Tía Eulalia, por Chela Reyes [artículo] Ricardo A. Latcham.

Libros y documentos

AUTORÍA

Latcham, Ricardo A. 1903-1965

FECHA DE PUBLICACIÓN

1951

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tía Eulalia, por Chela Reyes [artículo] Ricardo A. Latcham.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile